

PACO CRUCETA

Ahora que nos han salido al paso tantos motivos de la vida de la Estación, del Paseo y del intercambio continuo con el viejo Madrid, vemos a Paco Cruceta como uno de los fogoneros más influidos por los modos madrileños y de los que más se identificaron con esa influencia, en lo que le ayudaron mucho sus condiciones personales.

Paco era un hombre bien plantado, cuidadoso, presumido, de pundonor y lo que es menester, como Julián el de la verbena. No debieron desentonar sus trazas por ningún rincón de Lavapiés, ni siquiera en la indumentaria que adoptó y le caía que ni pintada, la chaqueta ceñida, el pantalón abotinado, las botas relucientes, la boina encasquetada para no estropearse el peinado de su presunción, el madrileñísimo pañuelo blanco al cuello, holgado, ni suelto ni apretado que lo hubiera arrugado, tapándole la camisa, por lo general a medio anudar, a la corbata larga cogido con el chaleco o bien con nudo cuadrado y los picos remetidos hacia los sobacos. Era alto y derecho, un poco pinturero, de aire flamenco muy aparente para el toreo de salón. Seguro que no se pasearían por Embajadores muchos más apuestos que él cuando dejaban la máquina para subir a Madrid.

Aquellas incursiones de los treneros tenían en Alcázar una repercusión resonante y manifiesta en los descansos contando las peripecias de la Corte, enardecidos por las funciones de teatro del género chico que veían como aliciente de sus correrías ¡Qué tiempos y qué circunstancias tan felices los de la vida de Apolo, del Cómico, de Eslava...! En este y el Romea se cantaban las cosas más insinuantes y lascivas que enardecían a las gentes. Con qué regocijo y con qué confianza se vivía a la buena de Dios.

Cuando una tonadilla arraigaba en el alma popular se pasaban meses y meses oyéndola



He aquí a Paco Cruceta de mocete, cuando entró en la estación, todavía no cuajado, con su hermana Adela, a la que compraron esa mantilla con los primeros cuartejos, después mujer de Julio Conscience y madre de la Beni.

Aunque se le ve el aire, no había entrado tanto en Madrid como luego de fogonero y lleva corbata de plastón que puede que no gastara otra en su vida y cadena cruzada con chaleco de dos filas, en lugar de la larga que necesita todo maquinista para mirar la hora a distancia, a la luz de los faroles, sin tocarse el bolsillo con las manos de tizne, sino sacando el reloj tirando de la cadena colgante. El chaleco no le faltaba a nadie ni el de dos filas de botones a los más flamencos.